

César fué á la Curia, á pesar de los avisos y de los presentimientos de su mujer. Una vez en el Senado, los conjurados le rodearon besándole las manos, la cabeza y la frente. Uno de ellos, Casca, lo hiere primero, y luego todos los demás; César quiere luchar; al ver á Bruto levantar el puñal, se cubre con su toga y muere. (15 de Marzo de 44).

Un puñado de fanáticos torció así el curso de la civilización humana sin remediar nada, sin resucitar ni por una hora siquiera, esa libertad de una sola ciudad, que la aristocracia, cuyos representantes eran, no había podido salvar. En aquellos tiempos de misticismo político, en que los cultos y las prácticas misteriosas del Oriente lo invadían y lo corrompían todo, el dolor de los pueblos extranjeros estalló al saber que había muerto aquel redentor político de las provincias, verdadero Mesías social, que preparó el triunfo del Mesías religioso. En todas partes hubo prodigios, y el alma de César, el materialista y el ateo, cubrió al mundo con sus alas.—Inmensas procesiones de extranjeros, de judíos particularmente, llenaron de lamentaciones y de gritos de dolor, en todas las lenguas, las calles y las plazas de Roma, y es que el pensamiento de César se confundía con el movimiento íntimo del mundo, que se sentía preñado de una era nueva. Así acabó este hombre admirable, cuya ambición, cuyas faltas perdona la historia. Fué César, dice Mommsen, el mortal que ha trabajado y edificado más de cuantos le han precedido ó sucedido.

*Antonio y Octavio.*—Después del asesinato, los amigos de César, Antonio, Lépido, se ocultaron, pero los asesinos, pero los libertadores de Roma espantados de su propia obra no supieron obrar. Cicerón que se quejó de que no lo hubiesen invitado al festín de sangre, hubiera querido que el Senado hu-

biese recobrado el poder. Los asesinos ante la acalorada hostilidad del pueblo se encerraron en el Capitolio; Marco Antonio y Lépido que habían allegado algunas tropas y que poseían el tesoro particular de César, trataron con ellos para ganar tiempo. El 17 de Marzo, el Senado, después de una sesión violenta, se vió obligado para respetar los intereses creados por el dictador á no declararlo tirano y dió una amnistía.—Los conjurados y los cesarianos se abrazaron.—Marco Antonio procedió entonces á celebrar los funerales de César: leyó su testamento, en que adoptaba á Octavio por hijo y colmaba de perdones á sus asesinos. El pueblo se conmovió; á la vista del cadáver, de las heridas, estalló un grito inmenso de dolor y de la pira en cuyo derredor gemían los representantes de todas las naciones sometidas á Roma, partieron para vengar á César en los conjurados. Estos huyeron; Roma era de Antonio.

Sin embargo, este siguió pactizando con los conjurados, á quienes dejó encargarse de sus provincias, mientras Sexto Pompeyo era investido del proconsulado del mar. Llegó á hacerse decretar una guardia, y cuando á fuerza de atentados se creyó fuerte, hizo quitar sus gobiernos á Bruto y á Cassio, poniéndose él y Dollabella en lugar de los asesinos. Octavio, el imberbe sobrino é hijo adoptivo de César, que estaba en Apolonia, en donde se reunían las legiones que iban á marchar al Oriente, desembarcó entonces en Italia. Iba á Roma á reclamar su herencia; el pueblo le acogió con entusiasmo, mas Antonio se le mostró hostil. Entretanto el Senado, dirigido por Cicerón, enemigo personal de Antonio, veía en Octavio un instrumento para sacudir el yugo del soldado de César; pero el hábil adolescente, que necesitaba por lo pronto de Antonio, se empeñó en evitar una ruptura, mien-

tras se servía del prestigioso nombre de su padre para minar el espíritu del ejército. Llegó así el mes de Octubre, y Cicerón que se había visto á punto de abandonar la Italia, al saber los progresos de Cassio en Oriente y de Sexto Pompeyo en el mar, se animó hasta el grado de lanzar contra Antonio su primera *filípica*, estando Antonio en Roma, en pleno Senado. El cónsul se puso furioso, pero al saber que sus legiones querían pasarse á Octavio, que éste había levantado un ejército por su cuenta, y ante la hostilidad abierta del Senado, decidió marchar á la Cisalpina, arrancar á Décimo Bruto su gobierno y triunfante y unido á Lépido, que gobernaba la Narbonesa, volver sobre Roma y Octavio.

Cicerón que multiplicaba sus *filípicas* (llegaron á catorce) y su energía, era el que en realidad ejercía el gobierno; aunque á medias, logró que el Senado declarase la guerra á Antonio, y marcharon sobre el cónsul que sitiaba á Décimo Bruto en Módena (*Mutina*), Octavio y dos nuevos cónsules, Hirtius y Pansa. Después de sangrientos combates en que, según Antonio, el hijo de César mostró poco espíritu militar, logró el ejército del Senado levantar el sitio de Módena, obligando á Antonio á pasar los Alpes, seguido de cerca por Décimo Bruto. Los cónsules habían muerto, y el verdadero jefe del ejército senatorial era Octavio; Cicerón, que hacía en estas circunstancias el admirable papel que Demóstenes había hecho en los últimos días de la libertad de Atenas, opinaba por colmar de honores al joven Octavio, hasta aplastarlo bajo ellos, y para esto, necesitaba ganar tiempo; Bruto y Cassio, con sus legiones de Oriente, habían recibido orden de acelerar su marcha hacia Roma. Entretanto Octavio, que con tanta repugnancia había ayudado á Décimo Bruto,

uno de los asesinos de César (el mismo á quien había colmado de honores, y que lo había obligado á ir al Senado el día nefasto de los *Idus*) antes de verse afiliado definitivamente en la misma facción que los asesinos de su padre, entró en arreglos con Antonio. El Senado, que solo había tenido grandes honores para el sitiado de Módena en aquellas circunstancias, se negó á dar el consulado á Octavio. Este, alentado por la defección de las legiones senatoriales, pasó el Rubicón y fué á buscar á Roma por la fuerza lo que de grado no se le había concedido; se apoderó de la ciudad y se hizo nombrar cónsul á los veinte años. Cicerón había huido.

Entonces pudo Octavio tratar de potencia á potencia con Antonio, á quien se habían unido Lépido y Planco, y que había hecho degollar á Décimo Bruto, que vencido y fugitivo intentaba ganar la Macedonia. La entrevista de los dos rivales tuvo lugar en una isla del río Reno, cerca de Bolonia. Ahí se constituyó el nuevo triunvirato con Lépido, con el objeto de castigar á los que de cerca ó de lejos hubiesen tomado parte en la muerte de César. Primero, se había de limpiar Italia de anti-cesarianos, y después, Antonio y Octavio, marcharían sobre Bruto y Cassio. Los triunviros, investidos oficialmente con esta nueva función, decretaron en Roma una persecución espantosa; con el pretexto de vengar á César, los hombres del poder y sus secuaces buscaron el modo de saciar sus odios personales los unos, y los más de enriquecerse con el producto de las confiscaciones. Así como los triunviros habían empezado por inmolrar á algunos de sus allegados, para marcar el carácter implacable de la persecución, así durante ella se vió á los hijos denunciar á sus padres y á las madres cerrar las puertas á sus hijos perseguidos. Uno de los más sinies-



tros personajes de este drama, fué Fulvia, la mujer de Antonio, especie de *virago*, capaz de jugar con la cabeza de un ejecutado, como de montar á caballo y ponerse al frente de una legion. Era el lugarteniente al mismo tiempo que la hembra del triunviro. Al odio de ámbos fué sacrificado Ciceron, la víctima más ilustre de aquel tiempo. No sabiendo si dejar ó no la Italia, y habiéndose hecho desembarcar cuando ya navegaba para reunirse con Bruto, el gran orador, sorprendido en un camino, fué degollado. Fulvia atravesó con un alfiler de oro aquella lengua elocuente.

Espíritu débil, pero dotado de profundo amor á la libertad, tal como entónces se entendia, carácter irresoluto pero capaz de tocar al heroísmo cuando lo caldeaba la pasion del bien público, inteligencia poco profunda, pero vastísima, Ciceron no solo tiene el mérito de haber trasformado con su verbo incomparable la lengua latina, sino que en sus numerosas obras se consagró á propagar con las máximas de la filosofia griega lo que habia de más elevado y noble en el helenismo; fué el instrumento conscio de la fusion completa de los espíritus griego y latino, y en consecuencia, un agente admirable de la civilizacion humana. Quizá es este su mejor título al respeto de la historia, mejor que su incomparable elocuencia y que sus actos raros, pero brillantes de civismo. Su muerte rescató muchos errores de su vida.

Cuando ya reinaba un silencio de muerte en torno de aquel triunvirato de verdugos, cuando todos los habitantes de Italia hubieron pagado un impuesto extraordinario á los nuevos amos, éstos decretaron el apoteosis de César, y la persecucion cesó. La primera parte del programa de Bolonia se habia verificado. Ahora era preciso

abrir la campaña contra Bruto y Cassio por tierra, y contra Sexto Pompeyo, que dueño de Sicilia, imperaba en el Mediterráneo.

Bruto habia logrado consolidarse en su gobierno de Macedonia y habia atraído á sus banderas á los jóvenes romanos que estudiaban en Athenas, á Horacio entre ellos. Cassio se habia hecho fuerte tambien en la Siria, despues de obligar á Dollabella, el terrible yerno de Ciceron, á darse la muerte en Laodicea. Pero en lugar de reunirse y acudir al llamamiento de Ciceron, perdieron el tiempo, y Bruto se dirigia al Asia y Cassio al Egipto, á castigar á Kleopatra, cuando supieron que el triunvirato triunfaba en Roma y ensangrentaba la Italia.

Cassio y Bruto, cuando el primero hubo cometido los mas inicuos atentados para hacerse de dinero, abandonaron juntos el Asia y penetraron rápidamente en Macedonia. Se encontraron con el ejército de Octavio y Antonio en la llanura de Filippos. De cada lado habia cien mil hombres, y si los cesarianos eran inferiores en caballería, la infantería de los republicanos no podia compararse con la del enemigo. Se libró una primera batalla; Cassio, derrotado, se suicidó; pero Bruto habia vencido á Octavio, y la cuestion quedó pendiente. Mas como la flota de Pompeyo cortaba las riberas á los imperialistas, Marco Antonio se apresuró á librar la segunda batalla. Cuentan las tradiciones que la vispera apareció al estóico Bruto un espectro, que habia visto ya en Abydos, presagiándole su muerte. Efectivamente, el siguiente dia, á pesar de haber vencido de nuevo Bruto á Octavio, tuvo al fin que sucumbir, y se dió la muerte, despues de pronunciar este verso griego: *virtud, palabra vana, sombra efímera, esclava del azar. ¡ay, creí en tí!* Son las palabras más

tristes que nos ha legado la historia, dice Michelet. En esa batalla murieron los hijos de Caton y de Lúculo. (42).

Los vencedores empezaron á distribuirse el mundo, que habia de acabar por ser estrecho para aquellas dos ambiciones. Octavio volvió á Roma y Antonio marchó al Oriente. Iba cada uno de ellos en busca del dinero prometido á las tropas.

Miéntas Antonio recorria saqueando la Grecia y el Oriente, ya esprimidos hasta echar sangre, y rodeado de la pompa de Baco, prodigaba en interminables orgías el oro que estorsionaba; miéntas cautivado por Kleopatra, la antigua querida de César, que habia huido de Roma despues de la muerte del dictador, la seguía á Alejandría, en donde, arrastrado por esta mujer superior, se entregaba á todos los refinamientos de *la vida inimitable*, Fulvia y el hermano de Antonio, Lucio, intentaban arrancar Italia á Octavio. Los veteranos estaban furiosos porque no se les daba todo lo que se les habia prometido, y los italianos desesperados por las espoliaciones de que eran víctimas, (entónces fueron privados de sus bienes patrimoniales Horacio, Virgilio, Tibulo y Propertio) Octavio, á fuerza de sumision y de humillaciones, se atrajo definitivamente á los veteranos, miéntas que Fulvia y Lucio, improvisando un ejército de italianos, se apoderaban de Roma, de donde expulsado Lucio por el gran lugarteniente de Octavio, Agripa, marchó á Perusa. Allí, sitiado y reducido á la última extremidad, se rindió. La ciudad fué abandonada al incendio y al pillaje, Lucio relegado á España. Fulvia huyó á la Grecia y los otros amigos de Antonio se dispersaron (1). (41-40).

(1) Entre ellos Tiberius Nero, que se acogió á Sexto Pompeyo con su mujer Livia y su hijo Tiberio: la futura esposa de Augusto y el que habia de suceder á este en el imperio.

Marco Antonio, que se habia arrancado de los brazos de Kleopatra para ir á hacer la guerra á los parthos, volvió entónces sobre Italia, aliado ya de Pompeyo. En el camino tuvo una tempestuosa entrevista con Fulvia, que á poco murió en Sykione, y la guerra parecia segura, cuando los veteranos decidieron á los adversarios á celebrar la paz. En prueba de amistad, Antonio se casó con la virtuosa Octavia, hermana de Augusto. Las fiestas comenzaron en Roma, pero Sexto Pompeyo cortaba los convoyes de víveres y el pueblo no tenia pan. Hubo necesidad de tratar con aquel se le dieron Sicilia, Cerdeña y la Grecia por provincias, dejándole dueño del mar. Antonio se adjudicó el Oriente y el Occidente Octavio. Lépido estaba abandonado en Africa.

Estos tratados eran treguas. Pronto Pompeyo que se hacia rendir honores divinos en Sicilia, como hijo de Neptuno, comprendiendo que los triunviros aprovecharian la primera ocasion de acabar con él, volvió á emprender su guerra pirática. (38).

En el curso de esta guerra, Antonio apareció dos veces en Italia, gracias á su esposa; la segunda tuvo una entrevista con Octavio en Tarento, á la que asistieron los dos grandes amigos del futuro Augusto, Mecenas, un gran político, y Agrippa, un gran hombre de guerra. Se separaron muy amigos, desjando Antonio á su rival 120 galeras, y llevándose en cambio algunas legiones para su guerra con los parthos.

Despues de un período de constantes reveses, logró Agrippa formar una flota que pudiera competir con la de Pompeyo, miéntas Lépido, que habia venido de Africa, y Octavio, lograbán establecerse en Sicilia con dos grandes ejércitos. Se libró una gran batalla naval que perdió Pompeyo; llegó fugitivo al Oriente, donde quiso reno-



var sus proezas piráticas, pero abandonado de todos, pereció en Mileto, á manos de un oficial de Antonio. En Sicilia, Lépido trató de recobrar su antiguo papel en el triunvirato, pero sus legiones se pasaron á Octavio, y fué confinado á Circeii, en donde vivió oscuramente veintitres años. Quedaban solos Octavio y Antonio (36).

Octavio se dedicó entónces á gobernar, respetando todas las viejas y amadas fórmulas republicanas; recogió el poder en sus manos, inauguró una era de moderación y de clemencia, é Italia, que para bien de la civilización se iba á ver libre de guerras por más de tres siglos, entró en un período de prosperidad y de seguridad interior; algunas ciudades colocaron por eso, las estatuas de Octavio entre las de sus dioses protectores.

Antonio, entretanto, seguía su vida orgiástica, interrumpida por accesos de fiebre guerrera. Después de su matrimonio con Octavia, había escogido por su domicilio á Athenas, en donde los descendientes de Milciades y de Temístokles, lo trataban como á un dios, y lo casaron con Athené; Antonio exigió la dote de la diosa. Ahí celebró el triunviro las victorias de su lugarteniente Ventidius contra los parthos, y fué en persona, aunque en vano, á sitiar á Samosata. Por ese tiempo (37) Herodes, gracias á la protección de Antonio, se apoderó del trono judío, y Antígono, último vástago de los Macabeos, que había sido coronado por los parthos, fué azotado y decapitado en una plaza de Antioquía.

Apenas Antonio volvió á Asia, después de la entrevista de Tarento, libre por fin de Octavia que se había quedado en Italia, llamó á Kleopatra á Laodicea y volvió á reanudar esa vida de insaciable amor, que es el más extraordinario episodio erótico que se cono-

ce en la historia. La reina era una mujer inteligente y ambiciosa que soñaba en ser emperatriz de Roma un día; hizo agregar nuevas provincias á su reino, y aún á expensas de las provincias romanas, el Egipto volvió á dominar la Fenicia, la Cele-Syria y Cypre.

Antonio continuaba sus inmensos preparativos de guerra contra los parthos. Para esquivar las estepas en que había perecido Crasso, emprendió su marcha por la Armenia y la Media Atropatena. A pesar de su inmensa *impedimenta* y de sus pesados trenes de artillería de sitio (balistas, arietes, etc.) quiso llegar á Ktesifon antes del invierno. Retardado por sus convoyes, los abandonó, el enemigo los quemó, y como las batallas dadas á aquellos veloces caballeros parthos que combatían huyendo, no les causaban ningún daño formal, cuando sintió los primeros frios y lo hubieron abandonado los armenios, emprendió una retirada desastrosa, á pesar del admirable valor que él y sus soldados desplegaron.—Cuentan los historiadores antiguos que todo el desastre se debía á la impaciencia que tenía Antonio de volver á ver á Kleopatra. La reina en efecto lo esperaba en Fenicia y de ahí Venus llevó á Baco cautivo á Alejandría. En vano Octavia, cargada de presentes, vino de Italia á Athenas en busca de su esposo, acompañado de sus hijos y de los de Fulvia, á quienes cuidaba como á los suyos; Antonio la obligó á volver á Italia, en donde esta conducta causó una profunda indignación. Pero el triunviro había tomado un bebedizo, decían los antiguos, y siguió su carrera de locuras. Todos los tesoros artísticos y científicos de Oriente se concentraron en Alejandría por su orden; ahí celebraba sus triunfos vestido de Baco, agitando el thyrsos; los hijos que había tenido de Kleopatra eran declarados

reyes, de los parthos y armenios el uno y el otro de los fenicios y syrios, y para colmo de cinismo, quiso que el Senado confirmase sus actos y se quejó amargamente de que Octavio disponía del Occidente sin acordarse de él.

Octavio que en aquellos años había secundado por sus bravos generales Agrippa y Messala, vencido á los ilirios y hecho una correría alpestré que aseguraba las fronteras del imperio, que llenaba á Roma y á Italia de caminos, de canales, de acueductos, de trabajos de grande utilidad, se decidió á romper con su colega. Hizo leer en el Senado el testamento de Antonio y los Padres conscriptos declararon la guerra no al insensato triunviro, sino á la reina de Egipto.—El Oriente y el Occidente iban á chocar de nuevo.

Antonio estaba en el fondo de la Armenia, y al saber lo que pasaba en Roma, se apresuró á hacer sus preparativos de guerra. Pero Kleopatra se le reunió en Samos y en el seno de la voluptuosa sirena, el descendiente de Hércules se olvidó del mundo. Desde Athenas mandó á Octavia la carta de repudio; era hacer imposible todo avenimiento.

El año 71 se rompieron las hostilidades; Agrippa con su lijera flota obtuvo algunas ventajas sobre la del enemigo, en donde había naves de todas las regiones marítimas del Oriente, como en el ejército de Antonio había auxiliares medas, judíos, árabes, galatas, etc. Como Kleopatra quiso que la acción fuese naval, Antonio abandonando las probabilidades de éxito que habría tenido en tierra, se embarcó en sus pesadas naves y presentó batalla al enemigo á la entrada del golfo de Ambrakia, en Akarnania, junto al promontorio de Actium. En lo más reñido del combate la reina temiendo caer en manos de los octavianos que se le acercaban, huyó

con sus naves egipcias y Antonio quizá con el ánimo de hacer volver las naves, la siguió. Viéndose abandonados los jefes de la flota, se rindieron (2 de Setiembre de 31) y siete días después se rindió el ejército de tierra.

Octavio siguió al través de la Grecia perdonando y obsequiando espléndidamente á las ciudades hasta Samos, en donde pasó el invierno. Pero como los soldados licenciados estaban causando desórdenes en Italia, volvió á la península; fué recibido como un semi-dios, aplacó á los veteranos y marchó al Egipto.

Antonio estaba en Alejandría encerrado en una torre; Kleopatra, haciendo sondear el ánimo de Octavio, creía poder cautivarlo también, pero entretanto preparaba su fuga para la India por el mar Rojo. Octavio, que quería conservar la reina para su triunfo, alimentaba sus esperanzas, mientras se acercaba á Alejandría. En los alrededores de la ciudad Antonio mostró una gran bravura, mas ante la defección general y creyendo muerta á la reina, se atravesó con su espada. Agonizante aún, se hizo trasladar al mausoleo en que Kleopatra se había fortificado y ahí murió pidiendo vino. Baco debía morir así.

Prisionera de Octavio Kleopatra antes que seguir el carro triunfal del vencedor por las calles de Roma se hizo morder, cuenta la leyenda, por un áspid y murió, después de haber intentado en vano apoderarse del corazón de Octavio.

El Egipto fué reducido á provincia romana y Octavio después de arreglar los asuntos del Asia regresó á Italia. Era ya el dueño único del imperio